

LA EVOLUCIÓN

Semanario defensor e los intereses Regionales

BIBLIOTECA PROVINCIAL
SALA DE LECTURA
ALMERÍA

AÑO I

DIRECTOR: LUIS GARCÍA ABADÍA

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Vélez-Rubio 12 de septiembre de 1915

REDACCIÓN: CALLE DE SOTO, 17

SUSCRIPCIÓN: UN MES 0'50 PTAS.

NÚM. 9

GRITO DE ALARMA

Con la fiera crueldad de la tortura, atormentada más y más cada vez por la falsa protección de quienes debieran en ley de justicia protegerla, nuestra comarca entera, cansada de aguantar, azotada por impuestos que la razón repugna y que en conciencia su pobreza no merecen, protesta, hasta se afflige y gime, sin que los llamados a enjugar su llanto conmuevanse ante este cuadro triste y doloroso, que los nobles sentimientos de humana redención fueran su amparo, pero que descreídos del remedio, más bien a sí complacen sus ambiciones, sin que la rectitud del cumplimiento ni la conciencia de lo justo, ataje los desmanes que la empujan al inundo caos del precipicio abierto.

Hasta ahora, la complacencia en su daño, la aparente rivalidad por destruirla, ha parecido como galardón de gloria en su historia de negro fondo y en su martirio herejía constante, siendo en sus señores, como de Neron, sus sucesores, y como aquel desde el sitio de imperio, han parecido contemplar con risa la destrucción de esta infima y trágica Roma, que sino entre llamas, sucumbirá en miseria.

Un deber de humanidad, una gran compasión hacia nuestra pobre y queridísima región, nos lleva a poner mano en tan loable y digna censura, que más bien por su horfandad y su agonía, demanda la atención de nuestra empresa; que no obstante avaricias de mezquinos hombres, por encima de tantos ruines saldrá triunfante nuestra verdad honrada. Aquellas bajezas, más al-

tas nuestras miras, fuéramos leales, si por esa baba hidrofóbica de hombres sin conciencia, si por ese rugido felino de tan hambrientos como avaros seres, hubiéramos dejado inerte lo más noble y grandioso del intento humano, lo más desinteresado y justo de las conciencias dignas, que por nada hubieran de justificarse, puesto que los actos son la cierta y única verdad, que en todos nuestros propósitos, que en todo han de oponerse al atropello.

Tantas veces la razón fué escarnejada, de tantos maquiavélicos procedimientos fué burlada, que en el tiempo de las luces, difícilmente penderán las cruces de otros pechos más dignos, que de aquellos que en justicia y verdad las hayan ganado.

No arrastra nuestra obra otro cualquier intento, no hemos de ser mercaderes ni mercancías que a bajo precio compremos ni vendamos, más grande aspiración envuelve nuestro propósito, que desligado de pasiones y odios, tan solamente al bien ha de llevarnos.

Ya bien sabemos, puesto que en más de una ocasión lo dejamos dicho, que no han de ser pocas las trabas que se opondrán a esta obra; hed aquí nuestro mérito, por esto mayor será la gloria, si es que alguna vez tras la ruda campaña de ese por suerte tan desmembrado ejército, hemos conseguido con la verdad patente, ahuyentar a esa jauría de foragidos, que como negros cuervos rondan los cuerpos de estos agonizantes pueblos.

Y ahora, por este hedor a carne muerta, a causa de la guerra bárbara y salvaje con que el imperio de la fuerza destruye a nuestra Europa, otro más fuerte latigazo amenaza a nuestros pueblos, que por

déficit que sufre nuestra Hacienda, se proyectan aumentar o crearnos nuevos impuestos.

Y si mal vivimos con los que tenemos, si apenas para pagar aquellos produce nuestro suelo, antes de que esa triste nueva confirme su sentencia, debemos prepararnos para pedir justicia, y en masa nuestra voz, con la queja potente de la fuerza, conseguimos que lleguen hasta los altos sitios nuestro eco lamentable de pobreza, que ni para pan le queda a esta región después de haber pagado sus impuestos.

EL DOLOR DE ANDALUCÍA

Nosotros no sabemos donde está Andalucía: no sabemos cual es su espíritu, cuales sus ansias: en el público concierto de los generales anhelos apenas si se oye su voz. Diríase que Andalucía no es sino mera creación literaria. Creyéramos, a juzgar de su silencio, de su inercia, que este pueblo—tan alucinadoramente bello—no ha alcanzado todavía la plenitud de vida, la saturación de ideales que caracteriza a los pueblos modernos. Hasta Europa sólo llegan de cuando en cuando los rugidos de entusiasmo de los hombres congregados en el circo taurino. Y en Andalucía hay algo más que rugidos de entusiasmo: hay también rugidos de hambre. Y éstos no llegan porque nosotros nos hemos empeñado en que no lleguen. No parece sino que no queremos ser sinceros, que no queremos poner de manifiesto la pobreza espiritual y material que hay bajo la alegría andaluza.

Nos permitimos creer que a la clara visión de nuestra tierra incomparable se ha opuesto, como pantalla desviadora, el teatro de los hermanos Quintero: dá este teatro de Andalucía una idea falsa, o por lo menos, parcial. Hay en ella, sí, alegría. ¡Bendita alegría que nos redime del malestar cotidiano y da a nuestra alma para conllevarlo una fuerza singular y tonificadora! Pero con ella, oculta vergonzantemente bajo ella, vive un hondo, un desgarrador dolor.

un justificadísimo dolor, que conviene recordar, y no adormecer, para que así busquemos y apliquemos el remedio.

Por ahí nos juzgan felices: ven en nosotros un pueblo que como no protesta, debe encontrarse en cómoda postura, que como no pide nada, no debe necesitar nada. Y nosotros necesitamos todo: pan y cultura, caminos y ferrocarriles, protección y trabajo, fé y esperanza. Urge, pues, que Andalucía, proteste y pida.

Más para protestar es preciso que quiera previamente conciencia misma: una conciencia robusta, para luchar y vencer, dispuesta a ejercitar, virilmente, sus derechos cuando sea de menester. Como para pedir necesita mostrarse digna de ser atendida. Recemos un acto de contricción y eliminemos de Andalucía todo cuanto en ella hay de falso, de corruptor, de insincero. Y cuando hayamos dado con la raigambre de nuestro dolor y acertado con la solución apetecida, llenemos el mundo con nuestros gritos. Convendría, incluso, que en vez de exportar panderetas con escenas colorinescas de jolgorios, las exportásemos con reales escenas de miseria. Esa miseria nuestra silenciosa y oscura. La miseria de nuestros campos, de nuestras serranías, de nuestros puebluchos se pondría de moda y en todas partes suscitara un vivo interés. Los poderes públicos no alegrarían ignorancia: hasta ellos había llegado ¡al fin! la voz clamorosa de este país trágico y extraño, atormentado y dolorido.

Demos a este vocablo Andalucía un nuevo contenido ideológico y sentimental: infundámosla un vital aliento de ciudadanía, de seriedad. Que desaparezca para siempre la Andalucía pseudo-religiosa que aprovecha la semana santa. ¡la semana santa!, para organizar festejos paganos: la Andalucía, sin civismo, que soporta al cacique, al alcalde, al diputado, que vende el voto y con él, su honra: la Andalucía de los lujos ostentosos, de los ricachos y la ruindad misera de los cortijos: la Andalucía de la moneda falsa, de los contrabandistas, de los bandoleros, de las cofradías ébrias de manzanilla: la Andalucía de las ferias a base del juego y del vino.

Todos los que llegamos hoy a la vida, tenemos esta gran Cruzada por reali-